

VISION CRITICA DE LOS PODERES DE LA SOCIEDAD

Angel Rama

Cada vez que oímos decir que la novela, como género, está agotada, debemos entender que el agotamiento corresponde a un determinado tipo de novela y debemos investigar por qué otro lado resurge victoriosamente, a modo de fénix demasiado frecuente. Una de las últimas resurrecciones ha sobrevenido en Italia y en la Italia que se dice culturalmente atrasada, en la isla de Sicilia, con la obra de Leonardo Sciascia, uno de los más originales y leídos escritores de la actualidad, cuya obra, iniciada apenas concluida la segunda guerra mundial, está siendo traducida al español recientemente ¹.

Leonardo Sciascia, que tiene hoy 57 años (nació en 1921 en el pueblecito de Recalmuto, donde durante su juventud fue maestro de primeras letras), pertenece a una familia profundamente siciliana (hace siglos su apellido se escribía Xaxa) cuyas últimas generaciones fueron de obreros: su abuelo era capataz de una mina de azufre, oficio que heredó su padre. Él pudo hacer estudios medios y superiores, pero afincado siempre en el medio pueblerino siciliano del que no parecía que pudiera salir. Su misma educación literaria estuvo inicialmente marcada por el arcaísmo cultural del ambiente, aunque dentro de él eligió una línea que habría de tener sonada influencia en su obra literaria: Diderot, Manzoni, Casanova, Paul Louis Courier, Voltaire (de quien ha reescrito recientemente su más famosa novela en su Cándido o un sueño hecho en Sicilia), es decir, los más avanzados representantes del pensamiento enciclopedista, los más agudos combatientes del siglo XVIII en pro de las nuevas ideas, cuya independencia y desenvoltura crítica ha hecho suya hasta hoy.

Pero quien fue su maestro más cercano, íntimo y compartido, fue Stendhal, quizás porque en él reencontraba esa misma aérea y presta independencia de los dieciochescos pero funcionando en una situación opresiva y reaccionaria, como la que el joven Leonardo Sciascia conoció en los años del fascismo y aun después de la liberación al presenciar el reencumbramiento en su Sicilia de los viejos opresores que simplemente habían cambiado de canisa. Tras Stendhal, la revelación le vino con el mayor escritor de su propia patria regional: Luigi Pirandello. "La revelación más importante y, en cierto sentido, la más traumática, fue la de Pirandello, a quien aprendí a amar primero a través de una película muda de Marcel L'Herbier, El difunto Matías Pascal. De inmedia

to me puse a devorar todo lo que había escrito Pirandello. Reencontraba en él mi vida cotidiana y la de mi pueblo, una vida tejida por la mirada obsesiva de los otros, con el juego dramático del ser y del parecer, el extravío de la identidad. Son temas que me obsesionan y es a Pirandello a quien debo su primera expresión literaria".

Lector hambriento e indiscriminado, como buen provinciano, no dejó novela de franceses, ingleses o norteamericanos sin leer y se apropió de toda la narrativa contemporánea. Es previsible que de los italianos tuviera especial inclinación por Elio Vittorini (como le ocurrió a otro joven de la época, Italo Calvino) por su escritura moderna, su fiereza para enfrentar los asuntos contemporáneos y también por los temas meridionales. Él vivió, en el despertar de su vocación literaria, al otro día de la liberación italiana, el vasto movimiento crítico denominado "neorrealista", tan conocido por las películas que inauguró Rossellini con Roma ciudad abierta pero también por la narrativa de Moravia, Pratolini, Levi, Pavese, etc. Y sin embargo todo en su narrativa, desde Las fábulas de la dictadura (1950) está marcado por un acento siciliano específico, no sólo en los temas obsesivos (la mafia, los poderes, las represiones) sino en los enfoques e interpretaciones notoriamente pirandellianos. Este realista descarnado no hace sino interrogarse sobre qué es la realidad; este combatiente de la causa de la verdad y la justicia, no hace sino mostrar de qué manera se desdoblán, se escurren, se disfrazan y al fin nada nos dejan entre las manos. Si el ser y el parecer, la ficción y la realidad, la identidad y la confusión, son los asuntos basales de Pirandello, hay que decir que Sciascia forma con él una auténtica escuela siciliana, salvo que todos esos asuntos han sido trasladados de la órbita individual a la más vasta escena de la política y de las luchas por el poder.

Leonardo Sciascia es un narrador del mundo contemporáneo (aun cuando hace excursiones divertidas por el siglo XVIII como en ~~XXXXXXXXXX~~ Il Consiglio d'Egitto) que ataca los asuntos centrales del debate presente, aquellos que ocupan más páginas de la prensa periódica, manejando los ambientes y los personajes reales apenas transpuestos, explayando de un modo díscolo, siempre crítico e independiente, los grandes conflictos de la política italiana y mundial de hoy día. En él no se registra esa habitual ruptura de tanta novela moderna entre los asuntos de que trata urgentemente la sociedad y los que se elaboran en las novelas: son los mismos, escritos con el mismo mordiente, salvo que sus enigmáticas soluciones distan de las convencionales que ofrecen los periódicos

Aunque no todas. Dos de sus novelas han sido llevadas al cine y se diría que estaban dotadas de un extraño don de profecía: El contexto fue filmado por Rosi bajo el título Cadáveres ^{crucifixos} ~~asesinos~~ y la serie de asesinatos entre la magistratura que se van contando allí, que en 1971 cuando se publicó la novela todavía no se habían presenciado en Italia, se cumplieron fatalmente en estos últimos años. Más inquietante la historia de su novela Todo modo, publicada en 1976 y llevada a la pantalla por Petri con la interpretación de Mastroianni y Volonté. Este último construyó su papel de alto político con una minuciosa imitación de Aldo Moro, haciendo de él una figura ambigua y casi repulsiva, sumergida en una sórdida historia de crímenes hasta concluir siendo inmolado en una ~~orgía~~ orgía de muertes. Italia se estremeció doblemente cuando dos años después apareció el cadáver de Aldo Moro a mitad de camino entre las sedes de la democracia cristiana y el partido comunista: parecía la aplicación de un texto que había escrito Sciascia y había filmado Petri con anterioridad.

Ambas novelas están construídas sobre el modelo de la policial y de ellas puede decirse, como de algunas del austríaco Handke, que son falsas novelas policiales: hay crímenes, detectives, interrogaciones, investigaciones, pero al final todo ello no se resuelve. O entra al olvido, al ocultamiento o al enigma: el investigador de El contexto es asesinado, el asesino de Todo modo no es descubierto. Pero ambas policiales transcurren en las altas esferas: quienes están complicados son las figuras mayestáticas del poder, gobernantes magistrados, prelados, y lo que está en juego es el poder mismo, el dominio de la sociedad que a veces se presenta como el pasaporte para el enriquecimiento privado, o para los buenos negocios.

Incluso cuando reconstruye parsimoniosamente un suceso histórico, como en uno de sus últimos relatos, I pugnalatori (1975), está usando la Sicilia del siglo XVIII para cumplir una investigación estrictamente contemporánea: cómo se hace para "desestabilizar" un régimen y quienes son los ~~que~~ autores intelectuales que ponen en funcionamiento a los "mafiosos" para lograr desviadamente sus fines. En este caso se trata de un hecho tan real como el que sirve de base a El concilio de Egipto (título de un apócrifo publicado en 1793 por Giuseppe Vella, aparente traducción del árabe al italiano) y ambos concurren a una requisitoria contra los plurales poderes opresivos de la sociedad, desnudando sus secretas maquinaciones con ayuda de polvorientos legajos policiales. Escribiendo con la misma levedad stendhaliana que hizo la gloria de Tommasi di Lampedusa, de hecho Leonardo Sciascia redacta en estas novelas un anti-Gatopardo. La crítica que puede formular a su ilustre antecesor es su nostalgia del orden falso de la aristocracia. A ella opone la verdad del fun-

cionamiento del poder, los crímenes legales e ilegales a que recurre para preservarlo y conservarlo, y cómo maneja cínicamente a los hombres para seguir disfrutando de sus beneficios.

Cuando se le preguntó (Héctor Bianciotti) si se consideraba un escritor comprometido, contestó Sciascia: "Ciertamente, soy y me siento 'comprometido'; pero conmigo mismo y con otros 'yo mismo'. Los dos más grandes escritores comprometidos que conozco son André Gide y George Bernanos y lo fueron verdadera, profundamente: sin embargo, el primero, que se sentía comunista, escribió la verdad sobre la Unión Soviética y el segundo, que era católico, escribió contra el mundo católico que exaltaba la cruzada de Franco. En consecuencia, ~~in~~ que los intelectuales vivan comprometidos, pero a condición de que se comprometan siempre contra el Príncipe, contra los Poderes, contra las Iglesias, así sean las suyas propias". En esta época de tan extendida domesticación de los intelectuales para sus respectivas "iglesias", esta afirmación tiene un acento orgulloso y fuerte. Pienso que debido a esta actitud, Sciascia ha conquistado una atención de las jóvenes generaciones, que no han alcanzado en cambio los ~~democráticos~~ representantes de los partidos. Y también que a causa de esta posición, ha logrado establecer un buen coro de detractores en las filas de los más dispares organismos doctrinales del poder, empezando obviamente por la democracia cristiana que ha visto en él la resurrección de Voltaire con su mismo hedor a azufre y concluyendo (si tal verbo puede ya usarse) con el partido comunista que ha coqueteado con él pero siempre desde una actitud desconfiada. No es para menos si se recuerda que después de haber sido consejero municipal de Palermo por el P.C.I. ~~renunció~~ renunció dieciocho meses después, ⁷⁹ la publicación de El contexto (1971) le valió una campaña de detracción a cargo de la vieja guardia, estabilizándose ahora una relación compleja que no ha impedido observaciones tan hirientes como esta en el citado reportaje: "Como es obvio, cada uno ha elegido una manera original -es decir, nacional- de suicidarse. El eurocomunismo es eso. Berlinguer, Carrillo o Marchais se encuentran completamente entrampados por la habilidad de los políticos burgueses. Para mí, ya ha sido adquirido el principio de su derrota histórica. Ahora ya sólo es una cuestión de calendario".

En el fondo es la gran tradición del compromiso con la verdad, tantas veces repetido por los valores más honrados de las letras. Pero Sciascia es un escritor de nuestro tiempo, donde la verdad se manifiesta confusamente, puede devenir una trampa constituyéndose en el antecedente de la mentira o puede despreciarse

a nombre de valores que han sido sacralizados (el personaje de El contexto que exclama: "Si hubiera que escoger entre la verdad y la revolución, escogeríamos la revolución") y por lo común no se presenta ante cualquiera desnudamente. La estructura policial de sus novelas apunta a la existencia de múltiples disfraces, como a ella apuntan sus personajes lúcidos, intelectuales, astutos, como venidos de su admiración por la narrativa de André Malraux.

Descubrir la verdad es lo que justifica sus investigaciones sobre casos enigmáticos del pasado, como el que escribiera para La Stampa sobre la desaparición del matemático y físico Ettore Majorana, ~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~ una de las cabezas geniales de la época, en ~~xxxxxxxx~~ ^{tiempos} de Mussolini. Pero descubrir la verdad del funcionamiento confuso de las altas esferas de la política, la religión y las finanzas, es también lo que lo mueve en sus novelas contemporáneas. La mejor de ellas, Todo modo, nace de una famosa frase de San Ignacio de Loyola, fundador de la Orden de Jesús, que leída hoy siembra la inquietud: "Todo modo para buscar y hallar la voluntad divina". De ella surgió su personaje de don Caetano, el sacerdote intelectual que ha leído todos los libros, "habla con la misma soltura de vinos o de San Agustín, de la piedra filosofal, de Sartre, del Cristo pintado por Odilon Redon, que afirma que el candor de Cándido vale lo que el espanto de Pascal, resopla si se le pregunta su opinión sobre la rehabilitación del diablo ordenada por Paulo VI y que considera que el mejor medio de hacer el amor es el inmediato y fugitivo que ofrecen las prostitutas! Es en su ~~xxxxxxxx~~ ermita modernísima donde se reúnen los poderes para un los "ejercicios espirituales", donde se combinan todas las intrigas y donde también, repentinamente, se cumplen todos los crímenes. Fascinante personaje donde se ~~combinan~~ ^{combinan} Gide y Bernanos y en cuya boca pone Sciascia una explicación "terrenal" de la Iglesia que bien vale la del Gran Inquisidor en Los hermanos Karamazov. Como toda la narración está hecha por un pintor extraordinariamente culto, se asiste a un debate brillante donde no siempre lleva las de ganar el narrador. En la novelística moderna hay que ir a los diálogos de La condición humana para encontrar algo tan lúcido y penetrante.

Pero a diferencia de Malraux, la verdad no queda tan nítidamente expuesta. La oscuridad de los caminos del Señor parece tentar a este acerado racionalista y hasta para Aldo Moro hay una justificación posible en los meandros de la "realpolitik". Nadie lo ha dicho con tanta fuerza y lucidez como Leonardo Sciascia.

1. De las obras de Sciascia, ya han sido traducidas al español: Il Consiglio d'Egitto, con el título de Privilegio y poder en Bruguera; El contexto, Todo modo y Los navajeros, por Noguer.

CULTURALES 8

Narrativa de Leonardo Sciascia:

Visión Crítica de los Poderes de la Sociedad

Angel Rama

Cada vez que oímos decir que la novela, como género, está agotada, debemos entender que el agotamiento corresponde a un determinado tipo de novela y debemos investigar por qué otro lado resurge victoriosamente, a modo de fénix demasiado frecuente. Una de las últimas resurrecciones ha sucedido en Italia y en la Italia que se dice culturalmente atrasada, en la isla de Sicilia, con la obra de Leonardo Sciascia, uno de los más originales y leídos escritores de la actualidad, cuya obra, iniciada apenas concluida la segunda guerra mundial, está siendo traducida al español recientemente (*).

Leonardo Sciascia, que tiene hoy 57 años (nació en 1921 en el pueblecito de Recalmuto, donde durante su juventud fue maestro de primeras letras), pertenece a una familia profundamente siciliana (hace siglos su apellido se escribía Xaxa) cuyas últimas generaciones fueron de obreros: su abuelo era capataz de una mina de azufre, oficio que heredó su padre. El pudo hacer estudios medios y superiores, pero afinado siempre en el medio pueblerino siciliano del que no parecía que pudiera salir. Su misma educación literaria estuvo inicialmente marcada por el arcaísmo cultural del ambiente, aunque dentro de él eligió una línea que habría de tener sonada influencia en su obra literaria: Diderot, Manzoni, Casanova, Paul Louis Courier, Voltaire (de quien ha reescrito recientemente su más famosa novela en su *Cándido o un sueño hecho en Sicilia*), es decir, los más avanzados representantes del pensamiento enciclopedista, los más agudos combatientes del siglo XVIII en pro de las nuevas ideas, cuya independencia y desenvoltura crítica ha hecho suya hasta hoy.

Pero quien fue su maestro más cercano, íntimo y compartido, fue Stendhal, quizás porque en él recontraba esa misma aérea y presta independencia de los dieciochescos pero funcionando en una situación opresiva y reaccionaria, como la que el joven Leonardo Sciascia conoció en los años del fascismo y aún después de la liberación al presenciar el reencumbramiento en su Sicilia de los viejos opresores que simplemente habían cambiado de camisa. Tras Stendhal, la revelación le vino con el mayor escritor de su propia patria regional: Luigi Pirandello. "La revelación más importante y, en cierto sentido, la más traumática, fue la de Pirandello, a quien aprendí a amar primero a través de una película muda de Marcel L'Herbier, *El difunto Matías Pascal*. De inmediato me puse a devorar todo lo que había escrito Pirandello. Recontraba en él mi vida cotidiana y la de mi pueblo, una vida tejida por la mirada obsesionante de los otros, con el juego dra-

está en juego es el poder mismo, el dominio de la sociedad que a veces se presenta como el pasaporte para el enriquecimiento privado, o para los buenos negocios.

Incluso cuando reconstruye parsimoniosamente un suceso histórico, como en uno de sus últimos relatos, *I pugnalatori* (1975), está usando la Sicilia del siglo XVIII para cumplir una investigación estrictamente contemporánea: cómo se hace para "desestabilizar" un régimen y quiénes son los autores intelectuales que ponen en funcionamiento a los "mafiosos" para lograr desviadamente sus fines. En este caso se trata de un hecho tan real como el que sirve de base a *El Concilio de Egipto* (título de un apócrifo publicado en 1973 por Giuseppe Vella, aparente traducción del árabe al italiano) y ambos concurren a una requisito contra los plurales poderes opresivos de la sociedad, desnudando sus secretas maquinaciones con ayuda de polvorientos legajos policiales. Escribiendo con la misma levedad estendhaliana que hizo la gloria de Tommasi di Lampedusa, de hecho Leonardo Sciascia redacta en estas novelas un anti-Gatopardo. La crítica que puede formular a su ilustre antecesor es su nostalgia del orden falso de la aristocracia. A ella opone la verdad del funcionamiento del poder, los crímenes legales e ilegales a que recurre para preservarlo y conservarlo y cómo maneja cínicamente a los hombres para seguir disfrutando de sus beneficios.

Cuando se le preguntó (Héctor Bianciotti) si se consideraba un escritor comprometido, contestó Sciascia: "Ciertamente, soy y me siento 'comprometido'; pero conmigo mismo y con otros 'yo mismo'. Los dos más grandes escritores comprometidos que conozco son André Gide y Georges Bernanos y lo fueron verdadera, profundamente: sin embargo, el primero, que se sentía comunista, escribió la verdad sobre la Unión Soviética y el segundo, que era católico, escribió contra el mundo católico que exaltaba la cruzada de Franco. En consecuencia, que los intelectuales vivan comprometidos, pero a condición de que se comprometan siempre contra el Príncipe, contra los Poderes, contra las Iglesias, así sean las suyas propias". En esta época de tan extendida domesticación de los intelectuales para sus respectivas "Iglesias", esta afirmación tiene un acento orgulloso y fuerte. Pienso que debido a esta actitud, Sciascia ha conquistado una atención de las jóvenes generaciones, que no han alcanzado en cambio los representantes de los partidos. Y también que a causa de esta posición, ha logrado establecer un buen coro de detractores en las filas de los más dispares organismos

mático del ser y del parecer, el extravío de la identidad. Son temas que me obsesionan y es a Pirandello a quien debo su primera expresión literaria".

Lector hambriento e indiscriminado, como buen provinciano, no dejó novela de franceses, ingleses o norteamericanos sin leer y se apropió de toda la narrativa contemporánea. Es previsible que de los italianos tuviera especial inclinación por Elio Vittorini (como le ocurrió a otro joven de la época, Italo Calvino) por su escritura moderna, su fiera para enfrentar los asuntos contemporáneos y también por los temas meridionales. El vivió, en el despertar de su vocación literaria, al otro día de la liberación italiana, el vasto movimiento crítico denominado "neorrealista", tan conocido por las películas que inauguró Rossellini con *Roma ciudad abierta*" pero también por la narrativa de Moravia, Pratolini, Levi, Pavese, etc. Y sin embargo, todo en su narrativa, desde *Las fábulas de la dictadura* (1950) está marcado por un acento siciliano específico, no sólo en los temas obsesivos (la mafia, los poderes, las represiones) sino en los enfoques e interpretaciones notoriamente pirandellianos. Este realista descarnado no hace sino interrogarse sobre qué es la realidad; este combatiente de la causa de la verdad y la justicia, no hace sino mostrar de qué manera se desdoblán, se escurren, se disfrazan y al fin nada nos dejan entre las manos. Si el ser y el parecer, la ficción y la realidad, la identidad y la confusión, son los asuntos basales de Pirandello, hay que decir que Sciascia forma con él una auténtica escuela siciliana, salvo que todo esos asuntos han sido trasladados de la órbita individual a la más vasta escena de la política y de las luchas por el poder.

Leonardo Sciascia es un narrador del mundo contemporáneo (aun cuando hace excursiones divertidas por el siglo XVIII como en *Il Consiglio d'Egitto*) que ataca los asuntos centrales del debate presente, aquellos que ocupan más páginas de la prensa periódica, manejando los ambientes y los personajes reales apenas traspuestos, explotando de un modo discoló, siempre crítico e independiente, los grandes conflictos de la política italiana y mundial de hoy día. En él no se registra esa habitual ruptura de tanta novela moderna entre los asuntos de que trata urgentemente la sociedad y los que se elaboran en las novelas: son los mismos, escritos con el mismo mordiente, salvo que sus enigmáticas soluciones distan de las convencionales que ofrecen los periódicos.

Aunque no todas. Dos de sus novelas han sido llevadas al cine y se diría que estaban dotadas de un extraño don de profecía: *El contexto* fue filmado por Rosi bajo el título *Cadáveres Exquisitos* y la serie de asesinatos entre la magistratura que se van contando allí, que en 1971 cuando se publicó la novela todavía no se habían presenciado en Italia, se cumplieron fatalmente en estos últimos años. Más inquietante la historia de su novela *Todo modo*, publicada en 1976 y llevada a la pantalla por Petri con la interpretación de Mastroianni y Volonté. Este último construyó su papel de alto político con una minuciosa imitación de Aldo Moro, haciendo de él una figura ambigua y casi repulsiva, sumergida en una sórdida historia de crímenes hasta concluir siendo inmolado en una orgía de muertes. Italia se estremeció doblemente cuando dos años después apareció el cadáver de Aldo Moro a mitad de camino entre las sedes de la democracia cristiana y el partido comunista: parecía la aplicación de un texto que había escrito Sciascia y había filmado Petri con anterioridad.

Ambas novelas están construidas sobre el modelo de la policial y de ellas puede decirse, como de algunas del austríaco Handke, que son falsas novelas policíacas: hay crímenes, detectives, interrogaciones, investigaciones, pero al final todo ello no se resuelve. O entra al olvido, al ocultamiento o al enigma: el investigador de *El contexto* es asesinado, el asesino de *Todo modo* no es descubierto. Pero ambas policíacas transcurren en las altas esferas: quienes están complicados son las figuras mayestáticas del poder, gobernantes, magistrados, prelados, y lo que

doctrinales del poder, empezando obviamente por la democracia cristiana que ha visto en él la resurrección de Voltaire con su mismo hedor a azufre y concluyendo (si tal verbo puede ya usarse) con el partido comunista que ha coqueteado con él pero siempre desde una actitud desconfiada. No es para menos si se recuerda que después de haber sido consejero municipal de Palermo por el P.C.I., renunció dieciocho meses después, y que la publicación de *El contexto* (1971) le valió una campaña de detracción a cargo de la vieja guardia, estabilizándose ahora una relación compleja que no ha impedido observaciones tan hirientes como esta en el citado reportaje: "Como es obvio, cada uno ha elegido una manera original —es decir, nacional— de suicidarse. El eurocomunismo es eso. Berlinguer, Carrillo o Marchais se encuentran completamente entrapados por la habilidad de los políticos burgueses. Para mí, ya ha sido adquirido el principio de su derrota histórica. Ahora ya sólo es una cuestión de calendario".

En el fondo es la gran tradición del compromiso con la verdad, tantas veces repetido por los valores más honrados de las letras. Pero Sciascia es un escritor de nuestro tiempo, donde la verdad se manifiesta confusamente, puede devenir una trampa constituyéndose en el antecedente de la mentira o puede despreciársela a nombre de valores que han sido sacralizados (el personaje de *El contexto* que exclama: "Si hubiera que escoger entre la verdad y la revolución, escogeríamos la revolución") y por lo común no se presenta ante cualquiera desnudamente. La estructura policial de sus novelas apunta a la existencia de múltiples disfraces, como a ella apuntan sus personajes lúcidos, intelectuales, astutos, como venidos de su admiración por la narrativa de André Malraux.

Descubrir la verdad es lo que justifica sus investigaciones sobre casos enigmáticos del pasado, como el que escribiera para *La Stampa* sobre la desaparición del matemático y físico Ettore Majorana, una de las cabezas geniales de la época, en tiempos de Mussolini. Pero descubrir la verdad del funcionamiento confuso de las altas esferas de la política, la religión y las finanzas, es también lo que lo mueve en sus novelas contemporáneas. La mejor de ellas, *Todo modo*, nace de una famosa frase de San Ignacio de Loyola, fundador de la Orden de Jesús, que leída hoy siembra la inquietud: "Todo modo para buscar y hallar la voluntad divina". De ella surgió su personaje de don Caetano, el sacerdote intelectual que ha leído todos los libros, "habla con la misma soltura de vinos o de San Agustín, de la piedra filosofal, de Sartre, del Cristo pintado por Odilon Redon, que afirma que el candor de Cándido vale lo que el espanto de Pascal, resopla si se le pregunta su opinión sobre la rehabilitación del diablo ordenada por Paulo VI y que considera que el mejor medio de hacer el amor es el inmediato y fugitivo que ofrecen las prostitutas". Es en su ermita modernísima donde se reúnen los poderes para los "ejercicios espirituales", donde se combinan todas las intrigas y donde también, repentinamente, se cumplen todos los crímenes. Fascinante personaje donde se suman Gide y Bernanos y en cuya boca pone Sciascia una explicación "terrenal" de la Iglesia que bien vale la del Gran Inquisidor en *Los hermanos Karamazov*. Como toda la narración está hecha por un pintor extraordinariamente culto, se asiste a un debate brillante donde no siempre lleva las de ganar el narrador. En la novelística moderna hay que ir a los diálogos de *La condición humana* para encontrar algo tan lúcido y penetrante.

Pero a diferencia de Malraux, la verdad no queda tan típidamente expuesta. La oscuridad de los caminos del Señor parece tentar a este acerado racionalista y hasta para Aldo Moro hay una justificación posible en los meandros de la "realpolitik". Nadie lo ha dicho con tanta fuerza y lucidez como Leonardo Sciascia.

(*) De las obras de Sciascia, ya han sido traducidas al español: *Il Consiglio d'Egitto*, con el título de *Privilegio y poder* en Bruguera, *El contexto*, *Todo modo* y *Los navajeros*, por Noguer.